

ELISABETH G. IBORRA

*El
amor
me persigue,
pero yo
soy más rápida*



*El amor me persigue,
pero yo soy
más rápida*

Elisabeth G. Iborra

Esencia/Planeta

© Elisabeth G. Iborra, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© Imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: enero de 2015
ISBN: 978-84-08-13521-0
Depósito legal: B. 23.966-2014
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Barcelona ya no es para mí

Harta, muy harta. Sin vuelta atrás. Incapaz de volver a ponerme unos tacones y de ir a ninguna puñetera fiesta más, pintada como un coche, con un vestidazo de Moschino embutido y con el sillín de la bici en la mano para fardar de que, para bohemia, la menda. Incapaz de aguantar a más gafapastas con los pantalones pitillo caídos, echándome su fétido aliento de las cinco de la mañana en un antro para hipsters pseudointelectualoides que te aturden alabando la última película somnífero de Haneke. Incapaz de seguir saliendo cada noche a beberme Barcelona y acabar ciega como un topo, colgada del brazo de algún maromo o despatarrada en medio del Raval al estamparme con la bici contra un árbol invisible. Harta, hartísima. Incapaz.

La vida no me daba para más. Esa vida superficial, de cara a la galería, aparentando ser la escritora de bestsellers que todos creían, forrada y feliz, se agotaba en sí misma y me pedía a gritos un cambio radical. Paz mental. Tranquilidad. Soledad. Yo. A solas. Sin ruido alrededor. Sin imposturas ni impostores. Sin luces de neón ni de focos de platós. Un año de gira por toda España para promocionar mi último libro había sido más que una estocada. Me había catapultado a la fama, sí, me llamaban de todos sitios para que trabajara con ellos o para hacerme entrevistas, me llamaban exrollos que habían pasado de mí, para quedar, porque, fíjate tú qué casualidad, me echaban de menos de repente. Pero de repente, por cierto, me decían que salía muy guapa en la tele.

Claro. La tele. Ese maldito cacharro que hace que la gente crea que eres más importante y mejor profesional por el hecho de verte en ella maquillada como una estrella. Cuando en realidad lo único que vas a hacer es estrellarte.

Lo mejor que tiene la existencia es que todo se acaba. Planteamiento, nudo, a veces muchos nudos y muy intrincados, y desenlace, mejor o peor, habitualmente malo aunque para mejor. Si es muy muy malo, ahí se acaba todo y, mira, dejas de preocuparte y ya no tienes que hacer más cambios. Pero mientras no se acabe todo del todo, lo que se terminan son las etapas, y hay que esforzarse para pasar a la siguiente pantalla de este jueguecito con el que nos ha tocado bregar sin instrucciones ni vidas de repuesto. Vives ésta lo mejor que puedes y, si no sabes, te jodes y la vives mal.

Yo, si algo he tenido siempre claro es que no he venido a este mundo a sufrir. Ni de coña. Yo he venido a ser feliz a toda costa y el mayor tiempo posible. Y cuando las opciones elegidas se quemaran, me busco otras y a disfrutar. Doce años en la Ciudad Condal me parecían suficientes para cambiar de tercio, de aires y de entorno. Lo venía fraguando desde que se me cruzó, bajando en bici por la modernista calle Enric Granados, uno de esos pensamientos fugaces que te sacuden como un calambrazo: «Tu tiempo aquí se está agotando». Sí, así, en segunda persona, porque mi conciencia me habla siempre de tú a tú. La cabrona.

Digo la cabrona porque cuando a mi conciencia se le mete una idea, ya no para hasta que me obliga a realizarla. No hay lugar para el autoengaño en mi cabeza, a menos que vaya borracha todo el día para no enterarme de lo que mi conciencia me quiere decir. Y no tiene mucho sentido escapar de ella, porque es lo único que siempre estará ahí, hasta que me muera. Es más, es mucho mejor que le haga caso, para no morirme joven y alcoholizada.

Así que, en vez de huir de ella, lo que hice fue buscar el silencio para escucharla y averiguar adónde me quería llevar. Lo primero que me sopló al oído fue: «Vámonos de aquí». Obedecí. Cogí la mochila, una tienda de campaña de esas imposibles de Decathlon, que se montan en un segundo lanzándola al aire pero que necesitas la carrera de Arquitectura para recogerla, y me dispuse a recorrer la costa andaluza en busca de mi futuro.

Y dirás tú, ¿por qué Andalucía? Porque las raíces tiran, porque hay sol, y hay mar, y hay luz, y hay verde. Porque en Andalucía el postureo es ciencia ficción o tan pijo y chovinista que da grima. Y porque es la comunidad idónea para pasarte el día entero en bikini y chanclas, sin maquillar y sin preocuparte de nada que no sean las espinas de las sardinas al espeto.

Empecé por Almería capital, donde conocí a un dios rubio de dos metros, con una moto amarilla entre las piernas, que resultó ser el único hombre fiel de Europa, perfectamente capaz de pasarse una semana conmigo pegada a la espalda y desnuda, de cala en cala del cabo de Gata, sin empalmarse siquiera. Haciéndome masajes y durmiendo a mi lado. Eso es amor y lo demás son mentiras taimadas. El dios, holandés para más señas, resultó ser maestro de yoga y meditación, con lo cual no faltaron los momentos de paz mental en los que mi conciencia me decía «Vas bien, colega, vas bien». Tampoco faltaron otros momentos de descojonarnos, borrachos perdidos, agarrados por las cuevas de Mojácar pueblo, haciendo de pareja perfecta pero asexual.

Ésa iba a ser la tónica de mi verano, para compensar todo lo que había caído entre mis garras en los años previos. Señor, qué años, creo que no me quedó ni una cuenta pendiente por la que regresar. Dejé folloamigos, eso sí, incluso un amante de esos sempiternos con los que nunca llegarás a nada más. Pero a mí los tíos me parecían ya meros accesorios en los dos sentidos del tér-

mino: seres que puedes usar como complemento cuando te va bien, y perfectamente prescindibles cuando no.

Me despedí del dios rubio para marcharme a Vera, el pueblo nudista, más famoso por el baño de Fraga cuando la bomba de Palomares en sus playas que por el hecho de que todo el mundo vaya en bolas hasta por la calle, en el supermercado o las urbanizaciones. Allí el raro es el que va vestido. Como yo soy muy pro «donde fueres, haz lo que vieres», me lo quité todo y descubrí, de una buena vez en mi vida, que como más feliz soy es en una playa, desnuda. Sin más. Felicidad absoluta. Conexión con la tierra total. No era la primera vez en mi vida que hacía nudismo, de hecho, siempre he sido bastante exhibicionista e impúdica, pero Vera marcó un antes y un después en mi forma de ver la desnudez de mi propio cuerpo y me enseñó a aceptarlo con todos sus defectos e incluso a quererlo y sentirme a gusto en mi propia piel. Supongo que es tan fácil como ver tantos cuerpos imperfectos alrededor y, por comparación, consolarte con que el tuyo todavía se salva un poco.

En ésas estaba, paseando por la playa, cuando me crucé con otro dios rubio, en este caso checo, con un cuerpo escultural, corriendo con todo colgando por la orilla. Iba y venía, iba y venía. Ay, mamá. Qué mala es la tentación. Me senté a su lado con la excusa de entrevistarle para un reportaje sobre nudismo, y empecé a hablar con él, intentando entendernos a través de las sonrisas, porque su inglés era macarrónico. Pero suficiente para pasarnos tres días juntos contándonos lo que el idioma y el lenguaje gestual y la química mutua nos permitían.

Éste también resultó ser el único hombre zen de Europa que necesitaba tener una relación de mucha intimidad y confianza para poder hacer el amor con una mujer. Y claro, tres noches no dan para tanto, así que me tuve que conformar con dormir abra-

zada a él y con mil besos que me obligaban a darme desesperadas duchas de agua fría cada mañana. Ahí entendí cómo se sienten los hombres cuando las mujeres los tienen a raya hasta que a ellas les apetece dejar de resistirse.

Yo es que nunca he sido muy de resistirme. Si no me atrae, no doy lugar a tener que decir no. Y si me atrae, voy a por todas, y no me como la cabeza con que la primera noche no, ni bobadas de esas de hacerte de rogar, ni de hacerle sufrir para hacerte valer, porque si te entregas enseguida, lo fácil no lo valoran. Si somos iguales, ¿por qué ellos sí pueden acostarse contigo si les atraes y en cambio a mí, por ser mujer, me van a aplicar el doble rasero de que si lo hago es que soy un putón verbenero? En fin, en este caso, se volvieron las tornas y yo me quedé a dos velas.

Así pues, me planté en la costa granadina con un calentón que dejaba a las placas solares como meras bombillas. Y me fui a hacer submarinismo a La Herradura, porque debajo del agua es el único sitio donde no me molesta ni mi conciencia. Sólo los peces y yo. Aquella locura de nudibranquios de miles de colores, los corales, mi respiración y el agua meciéndome. Nota mental: imprescindible vivir en un sitio donde pueda bucear.

Me salté la provincia de Málaga porque no me gustan las playas de piedrecitas y porque sus pueblos turísticos me parecen más horteras que Jesús Gil y Gil, el precursor de todo ese tinglado de resorts, hoteles de mal gusto y urbanizaciones, construidos en los montes que vi arder durante mi infancia y ahora, casualmente, son campos de golf. Menos mal que se murió, si no, que ma también Cádiz.

Pero no. Cádiz sigue ahí, intacta, salvaje, indómita, protegida por sus vientos que son los que, a la vez, la destrozan a fuerza de temporales; dunas que se redibujan cada día, petroleros estampados contra las rocas por las mareas, coches que casi vuelan por la

autovía... Y los kitesurfistas sobrevolando las impresionantes playas de Tarifa. Dos días tirada de chiringuito en chiringuito, sin poder tumbarme a tomar el sol porque la arena no es que me rebozara, es que se me clavaba como alfileres en un vudú con ensañamiento, fueron suficientes para descartar Tarifa como opción para vivir. ¡En invierno debe de ser el infierno!

Y una, que no es tonta, siempre preferirá el paraíso de Zahara de los Atunes. Las playas de Atlanterra son de lo más espectacular que te puedes imaginar, no en vano tienen allí sus mansiones cantidad de famosos que pasean sus bronceados traseros por la playa de los Alemanes. En esas aguas transparentes me hago los tres mil metros braceando contra un mar que me aclara las ideas como si se me metiera a limpiarme el cerebro. Voy acercándome a mi sitio. Lo presiento. Pero no va a ser Zahara, primero, porque aún no soy rica, ni sé si me interesa serlo. Y segundo, porque las carreteras para llegar y salir de allí son dos scalextrics de un carril, por el que pasan coches en ambas direcciones, y no tengo ganas de morir destrozada en una cuneta. Lo de «Vive bien y deja un bonito cadáver» me lo tomo mucho más en serio que lo de que el cadáver sea joven.

Por las playas de Barbate suena una sirena, según la canción de Chambao, pero no voy a ser yo. Que son bonitas, sí, pero a mí lo de ver pasar hachís día sí, noche también, y tener que convivir con los niñatos de cadenas de oro que lo recogen rugiendo por el pueblo en quads cuando no tienen ni el carné de moto porque no saben leer, como que no me convence.

De ahí, directamente, a Caños de Meca, a juntarme con los hippies. Bueno, quien dice juntarme dice olerlos y salir corriendo con mi pareo a la otra punta en cuanto baja la marea. ¿Por qué los hippies tienen que demostrar que lo son no lavándose? No lo sabemos. ¿Por qué tienen que ir arrastrando perros pulgosos?

Pues tampoco. Pero es condición sine qua non para parecer hippy. Eso es irte a la India a encontrarte a ti mismo y volver cargado de ropa manufacturada por niños indios a precio de saldo, a fin de vendérsela a los turistas a precios del Zara para que puedan aparentar que son hippies durante sus vacaciones, por lo menos.

Tengo más mentalidad de hippy yo que esos hippies que duermen en la playa o en cualquier acera, porque van todo el día más fumados que el Bob Marley de sus camisetas. Lo de las rastas lo voy a dejar para otro día, porque he visto chinches dentro de alguno de esos gorros de lana que llevan hasta en pleno verano. En conclusión, apunto Caños para ir de vez en cuando a tomar algo tirada en la Jaima o en el chiringuito, bailando como si me hubiera dejado el sentido del ridículo en casa, pero no quiero vivir rodeada de hippies de mentirijillas.

Siguiente parada, Zahora. Si Zahora tuviera pueblo, al menos... quizá sería un lugar idílico para una escritora loca y hastiada de los humos de la ciudad y de sus habitantes, pero digamos que hay cajero para que los turistas puedan pagar en el supermercado del camping. Chiringuitos caros, unas casas de lujo, una discoteca llena de gente buscando gente y metiéndose drogas hasta por las orejas, bailando a un ritmo frenético que resuena en la madrugada colándose en tus pesadillas... pero en invierno te mueres de miedo si oyes un ruido en cinco kilómetros a la redonda. Fuera.

El Palmar. No dejará de ser una de las playas más increíbles del mundo, pero ahí aislada, con el frío de febrero, te puedes pegar un tiro de aburrimiento. Eso sí, para surfear y ligar con surfistas es la meca. Nota mental: vivir en un sitio donde pueda apuntarme a surf.

Según voy avanzando por la carretera, veo Conil al atardecer. Oh, *my Goddess*. Conil. Esas casas blancas que se quedan rosáceas

al caer el sol. Ese sol que va retirándose hacia Japón, dejando un cielo que pasa gradualmente de amarillo a naranja a rosa a violáceo con fundido a negro lleno de estrellas... Entro en Conil por una callejuela de casas bajas encaladas, con las abuelas sentadas en las puertas y los abuelos en las barras de los bares, y empiezo a curiosear ya por las inmobiliarias. ¡Y aún no he visto nada!

Llego al arco que da paso al casco histórico de este pueblo de pescadores que no llega a treinta mil habitantes en invierno, pero que ve cuadruplicada su población en verano, ¡y allí me la encuentro toda! Miles de personas interactúan en la plaza del pueblo, en los bares, en los bancos, de pie, sentados en el suelo, mientras los músicos callejeros hacen sus demostraciones y su agosto, nunca mejor dicho.

Me siento a escucharlos en una terraza y me pido un vino blanco. Barbadillo, no había otro peor en España, qué le vamos a hacer. Creo que es en este punto donde se inicia mi campaña particular contra el Castigo de San Diego en los bares de Cádiz.

Pero, oye, que si me invitan unos galleguños con tal de que no me vaya de la terraza, yo me tomo otro, tampoco me voy a poner tiquismiquis. No sé si habrá alguna vez en mi vida que salga sola y no me entren al trapo, pero desde luego, esta noche no va a ser la primera. Cuando se marchan éstos, me entran unos vascos surfistas espectaculares, que no se creen que ande de ruta buscando mi lugar ideal para quedarme a vivir. Pues mira, sí, soy así de peculiar y de libre, qué le vamos a hacer. Otro calentón inútil con un donostiarra que prometía, pero parece que se han puesto todos de acuerdo en no acabar en la cama lo que empiezan fuera de ella.

En cualquier caso, el fin era estar a solas con mi conciencia, así que sigo ensimismada. Ese fin de semana me recorro cada ángulo del pueblo con esa sensación de estar en casa que sólo tienes

en los sitios que ya son tu casa y te invitan a quedarte. Lo hago a pesar del viento de Levante, que me lleva a las increíbles e indescriptibles calas de Roche para refugiarme y, de paso, volver a quedarme en bolas entre las rocas a las que los «textiles» normalmente no acceden.

A solas salvo por algún cerdo que se desnuda nada más verme, se sienta enfrente y empieza a meneársela mientras se pasa la lengua por los labios en plan hombre Martini. Como si fuera seductor. Como si pudiera llegar a parecerlo siquiera. Como si no diera un asco atroz.

Me retiro con mis bártulos y mi libro a otro hueco entre las rocas y me sigue, el muy cerdo. Me vuelvo a levantar, lo recojo todo y le lanzo una mirada de odio que recoge todo el asco acumulado que les tengo a todos esos mirones que se hacen pajas entre los arbustos mirándonos las tetas a las mujeres que estamos tan tranquilamente broceándonos en las calas. Entonces se me acerca otro hombre educadamente para preguntarme si me puede ayudar en algo contra ese mamón y le respondo que ya no, pero entablamos conversación y acabamos cenando en el espectacular restaurante Utopía, del genial hotel homónimo del precioso pueblo de Benalup.

Me gusta Cádiz. Él no, pero sí como amigo. Él no me quiere sólo como amiga, no. Me doy cuenta al día siguiente, cuando vamos a la parte nudista de la playa de la Barrosa, en Chiclana, que es probablemente uno de los pueblos más insulsos de la costa gaditana, y el pobre tío se pasa todo el tiempo levantándose para darse baños de agua fría, y boca abajo sobre el pareo.

Al día siguiente se vuelve a Madrid y yo me voy a hacer submarinismo a Sancti Petri. Soy adicta al nitrógeno y al mar, en esa combinación fantástica que me llena los pulmones de vitalidad y los ojos de belleza. Mi compañero de buceo es un madrileño es-

tupendo que flipa con la soltura con que me meto en una cueva a investigar, hasta que el monitor tiene que tirar de mí para que no me pierda. Su mirada a través de las gafas es de querer pegarme una hostia, como a una niña díscola que cruza en rojo la carretera. El madrileño, en cambio, cuando salimos aún está partiéndose de risa por mi carácter. Y me invita a cenar, claro que sí. Y no me dice que se quiere casar conmigo de chiripa.

Yo no sé ya cómo hacer con los hombres. Si es que yo paso de ellos, de verdad. Lo último que quiero ahora es una relación que perturbe la paz interior que necesito. No quiero a nadie en mi vida. Quiero que me dejen tranquila. Que no me miren. Que no me tienten. No quiero atraerlos. No quiero que me deseen. Quiero pasar desapercibida. En los bares, en la playa, en el supermercado. Quiero ser invisible para los tíos. Sólo me complican la existencia. Sólo me generan contradicciones. O me quieren mucho pero no quieren hacer nada, o se me quieren follar nada más conocerme. Estoy cansada de que se me quieran follar o de que se quieran casar con la primera que se les ponga a tiro. A veces los odio, porque en el fondo me encantan.